

qual despues el gobernador en Leon lo mandó ensayar, é no salió nada.

No cansado el frayle é los demás de su bando, suplicaron é aun requirieron al gobernador que les diesse liçençia para tornar á entrar en aquel infierno, é no se la quiso dar, ni permitir quessos ni otros allá fuessen á entrar en aquella sima. É á esta terçera vez quel frayle é los otros seys ques dicho entraron, el gobernador estuvo pressente, con otros muchos que los vieron entrar é salir.

Grand paciència es la que ha menester é mucha prudencia el gobernador para contentar á los súbditos de su jurisdiccion, y en espeçial á algunos tan desatinados como andaban inducidos por este frayle: que como él no ponía dineros en el negocio, ni le dolían los que los simples compañeros avian gastado, ni le penaba que se acabassen de perder trás sus palabras. Pero como dicho es, el gobernador, viendo el notorio peligro é aventura en que aquellos querian traer sus vidas é sus haciendas, no les quiso dar lugar á que se perdiessen; é aun porque todos aquellos aparejos é xarcias subian los cuitados indios por aquellas breñas é sierras con exçesivo trabaxo, de que tampoco se dolía fray Blás ni su compañía.

Digo yo que dar liçençia para entrar allí á algun chripstiano, no osara haçer ningun gobernador cathólico, si no fuesse desapiadado é cruel é de poca consciencia, quanto más que bastaba ya lo experimentado para sacar á este padre é á los demás de su falsa opinion, é que se conformassen con el paresçer de innumerables, que todos creen ques aquel licor piedra açufre.

Otras muchas cosas é novedades cuenta el frayle en su relacion de poco fructo, en espeçial otro nuevo juramento quel é otros quatro de sus compañeros hicieron ençima de los Evangelios, é les tomó el frayle françés fray Johan de Gandabo, de

permanesçer en su errada ó vana opinion. É dá assimesmo anchas raçones en fin de todo para que se le crea que aquella materia que allí hierte en aquella profunda sima es metal, é que no es boca de infierno ni espiradero dél ni agua; é diçe que aquel ruydo tan grande que allá anda, no es sino de metal, é no salitre ni piedra açufre, como algunos quieren decir. É diçe que tampoco es hierro ni cobre y concluye que es oro ó plata ó juntamente oro é plata. Y afirma que los que diçen ques plata, esos traen más raçon; é yo pienso quel é los tales están fuera della, é que no lo entienden. Ni yo aqui pusiera esto, sino porque me paresçe conviniente, por lo que agora diré: lo primero, porque de nesçessidad aquel hoyo é sima ha de tener otra dispusiccion é vista allá abaxo muy diferente de la que de arriba pueden ver é considerar los que desde donde yo lo ví lo han visto ó lo vieron, é aquesto cuéntalo bien este padre, aunque en la distançia é braças de la hondura no diçen todos tantas como él; é yo he oydo despues al gobernador Rodrigo de Contreras, que lo vido é se halló pressente la terçera vez quel frayle é los que he dicho que allí entraron; é aun diçe que despues que entran en aquella profundidad, hay otra dispusiccion, é cada dia la hay é se hunde más tierra en torno de aquella plaça donde esos llegaron. Lo segundo que me movió á sacar ó poner aqui esta suma de la relacion deste padre fray Blás, es porque se sepa un tan temerario acometimiento como este religioso tuvo, en que no solamente aventura la vida sino el ánima, á lo que paresçe. Y en fin, todo ello es para dar loores á Dios en todo lo ques dicho, é no dexar de dárselos por le aver librado de su desatino é cobdiçia á él é á los quel movió é truxo á su opinion. Passemos adelante á otras cosas notables.

CAPITULO XI.

En el que se tracta de los areyos é de otras particularidades de la gobernaçion de Nicaragua é sus anexos, é assimesmo de algunos ritos é çerimonias de aquella gente, demás é allende de los que la historia ha contado.

Acostumbraron los antiguos (en el otño) acabados de coger los frutos de la tierra, que se juntaban los hombres en los templos é haçian fiestas é sacrificios, haçiendo plaçer á sí mesmos é honra á sus dioses¹. Pues luego, si tal costumbre ovo antigua, y entre gente de tanta raçon, no es mucho que los indios lo hagan. É assi digo que en la plaça del caçique Viejo, que assi le llaman, porque él era muy viejo (é yo le conosco é hablé), pero su proprio nombre fué Agateyte, é su plaça é señorío se decía Te-coatega, era uno de los mayores señores de aquella gobernaçion de Nicaragua, é tenia seys mill hombres de hecho de arco é flecha, é más de veynte mill vassallos entre hombres é mugeres chicos é grandes. Y halléme un dia á ver un areyto, que allí llaman *mitote*, é cantar en coro, como los indios suelen haçerlo, y era acabando de coger el fructo del cacao, que son aquellas almendras que entre aquella gente corren por moneda, é de que haçen aquel brevage que por tan exçelente cosa tienen; y fué de aquesta manera. Andaban un contrapás hasta sesenta personas, hombres todos, y entre ellos çiertos hechos mugeres, pintados todos é cón muchos y hermosos penachos é calças, é jubones muy bigarrados é diverssas labores é colores, é yban desnudos, porque las calças é jubones que digo eran pintados, é tan naturales que ninguno los juzgara sino por tan bien vestidos como quantos gentiles soldados alemanes ó tudescos se pueden ataviar.

Y essa pintura era de borra de algodón picado (é primero hilado), que lo haçen quedar como la borra que dexan las tixerias de los tundidores, y era de quantas colores puede aver, é aquellas muy finas. Algunos llevaban máscaras de gestos de aves, é aquel contrapás andabanlo alrededor de la plaça é de dos en dos, é desviados á tres ó quatro passos; y en medio de la plaça estaba un palo alto hincado de más de ochenta palmos, y ençima en la punta del palo estaba un ydolo assentado é muy pintado, que diçen ellos ques el dios del *cacaguat* ó cacao: é avia quatro palos en quadro puestos en torno del palo, é revuelto á esso una cuerda de bexuco tan gruesa como dos dedos (ó de cabuya), é á los cabos della atados dos muchachos de cada siete ú ocho años, el uno con un arco en la mano, y en la otra un manojo de flechas; y el otro tenia en la mano un moscador lino de plumas, y en la otra un espejo. Y á çierto tiempo del contrapás, salian aquellos muchachos de fuera de aquel quadro, é desenvolviéndose la cuerda, andaban en el ayre dando vueltas alrededor, desviándose siempre más afuera é contrapessándose el uno al otro, destorçió lo cogido de la cuerda; y en tanto que baxaban esos muchachos, dançaban los sesenta un contrapás, muy ordenadamente, al son de los que cantaban é tañian en çerco atambores é atabales, en que avria diez ó doçe personas cantores é tañedores de mala graçia, é los dançantes callando é con mucho silencio.

¹ Aristóteles, Eth., cap. VIII.

Turóles esta fiesta del cantar é tañer é baylar, como es dicho, más de media hora; é al cabo deste tiempo començaron á baxar los muchachos, é tardaron en poner los piés en tierra tanto tiempo como se tardaria en decir cinco ó seys veces el Credo. Y en aquello que tura el desarrevolverse la cuerda, andan con assaz velocidad en el ayre los muchachos, meneando los braços é las piernas, que paresçe que andan volando; é cómo la cuerda tiene çierta medida, quando toda ella se acaba de descoger, paran súbitamente á un palmo de tierra. É quando ven que están çerca del suelo, ya llevan encogidas las piernas, é á un tiempo las extienden, é quedán de pié los niños, uno á la una parte é otro á la otra, á más de treynta passos desviados del palo que está hincado; y en el instante, con una grita grande, çessa el contrapás é los cantores é músicos, é con esto se acaba la fiesta (*Lám. V.^a, fig. I.^a*).

Y estáse aquel palo allí hincado ocho ó diez dias, á cabo de los quales se juntan çient indios ó más é le arrancan, é quitan de allí aquel çemi ó ydolo que estaba ençima del palo, é llévanlo á la mezquita é templo de sus sacrificios, donde se está hasta otro año que tornan á haçer la mesma fiesta. É sin dubda es cosa para holgar de verlo; pero lo que mejor me paresció era la manera del atavio ó vestido qual es dicho, é los muchos é lindos penachos que llevaban, é ver de una librea ó forma de pintura dos dellos ó quatro, é de otra diferenciada otros tantos, pareados é muy gentiles hombres; é digo assi que en España é Françia é Italia é Alemania paresçieran muy bien, y en qualquiera parte del mundo.

Otra manera de areyto ví en la mesma plaça de Tocoatega, despues de muerto el dicho caçique Viejo, al qual suçedió un hijo suyo, gentil mançebo; é fué un domingo diez é seys de mayo, día de pas-

qua del Espíritu Sancto, desta manera. Delante del buhio del caçique estaban debaxo de una barbacoa hasta veynte indios; pintados de bixa é de xagua, ques roxo é negro, é con muchos é lindos penachos, cantando de pié, con tres ó quatro atambores é atabales; é fuera de aquel portal, en la plaça, delante dessos músicos, á veynte passos, andaban hasta diez ó doce gandules disfraçados é muy pintados assimesmo de bixa é xagua, con sus penachos é tiras é moscadores é pelotes de algodón é de otras maneras, baylando á forma de contrapás. É desviados destes, diez passos á la mano derecha, estaban otros quatro gandules, dispuestos hombres, pintados como los sussodichos de muchas colores; é las caras roxas como sangre pintadas, con çiertas cabelle-ras é plumas é penachos, é como ellos se suelen poner para mejor paresçer en la guerra. É destes quatro los tres estaban parados ó quedos, que no se movian, y el uno solo baylaba é andaba á manera de contrapás, sin salir ni se apartar más de un passo ó dos á un lado ó á otro de Tocoatega, señor de aquella plaça, que estaba arrojándole varas al que baylaba desde á tres ó quatro passos dél; é muchas veces ó las más le daba por aquellos costados é lomos é vientre é braços é piernas é por donde le açertaba, pero nunca le tiraba á la cabeça. É al tiempo quel caçique soltaba la vara, el que la atendia hurtaba ó torçia el cuerpo á un lado ó al otro, ó se abaxaba ó volvia las espaldas, de forma que muchas veces le erraba; pero las más veces le açertaba é le daba buenos golpes, que le alçaban bien las ronchas. É quitábase aquel y entraba otro de los dichos quatro, y esperaba otros diez ó doce tiros, ó los quel dicho caçique queria: é assi discurría de uno en uno por todos quatro hasta que ovo rompido hasta treynta varas en ellos. Estas varas eran más ligeras que cañas, á

manera de cañalejas, delgadas como el dedo menor de la mano, y en la parte más gruessa é cabo de la vara un çipote ó cabeça de çera; de manera que aunque el golpe no era peligroso, era bestial burla, por estar como estaban desnudos. Y el que resçibia el tiro ningun sentimiento ni mudança haçia, ni se tentaba la herida, ni se condolia de ningun golpe, sino luego se preparaba para esperar otro, é con una mesma cara é semblante; é tambien con la mesma vara tiraba el caçique tres ó quatro veces, hasta la quebrar ó le errar é que la vara passasse adelante.

Desta manera quebró é despendió en los dichos quatro indios bien treynta varas de las ques dicho, y estaba mucha gente de indios, chicos é grandes é mugeres, mirando la dicha fiesta; é acabadas de tirar las varas, el caçique mandó sacar cacao, é dió de su mano á cada uno de los quatro hasta quinientos granos é almendras del dicho cacao. Y hecho aquesto, con una grande grita, se fueron los bayladores é músicos é cantores é los golpeados; é trás ellos mucha gente de indios, á otras plaças á otros caçiques é señores á haçer lo mesmo y esperarles otros tantos tiros, quatro mançebos otros de los que estaban sanos é no garrochados; é para esto ellos mesmos llevaban dos indios cargados con dos braçados de aquellas varas.

Assi cómo se fueron, yo pregunté al caçique que para qué se haçia aquello, ó que si era aquel día fiesta entrellos, ó qué misterio significaba: é dixo que no era fiesta, sino que aquellos indios eran de otras plaças, y eran mançebos, é por su plaçer andaban como en aguinaldo á pedir cacao á los señores é caçiques que lo tenían, é aquellos se lo daban, como él avia hecho; é que primero que se lo diessen, acostumbraban tirarles veynte ó treynta varas hasta las quebrar en ellos, segund es dicho, en que paresçia que se mostra-

ban mançebos de buen esfuerço, é altos é dispuestos para la guerra é de buen sufrimiento para las heridas. Y es çierto quel caçique ques dicho, se las arrojaba aquellas varas de buena gana, y era mançebo é resçio é les daba buenos papirotaços, que les levantaba un dedo ó más las ronchas.

Este día, queriendo yo ver la hora que era en uno destes reloxes de sol que traen de Françia é de Flandes, con un espejuelo é la caja de marfil, que podia valer tres ó quatro reales de plata en España, me le pidió este caçique, porque dixo que le paresçia bien; y él me dió otro de margarita del tamaño de un ducado doble de los nuestros, engastado en una piedra de muy exçelente jaspe ó pórfido verde, al qual espejo en aquella lengua se llama *chaschite*.

Otros areytos é cantares, juntados con el baylar é contrapases, usan los indios, é son muy comunes, como en otras partes destas historias está dicho; é aquellos son comunes y en el tiempo de sus obsequias é muerte de los caçiques principales, é que les quedan en lugar de historia é memoria de las cosas passadas, é van acresçentando lo que subçede. Y otros hay que ordenan sobre haçer alguna trayçion, como se hiço en la muerte de don Chripstóbal de Sotomayor en la isla de Sanct Johan, como lo dixé en el libro XVI, capítulo V.

Otros areytos hay que son más comunes para haçer sus beoderas, en los quales anda tan espeso el vino como el cantar, hasta que caen hechos cueros borrachos é tendidos por el suelo. É muchos de los que assi se embriagan se quedan allí donde caen, hasta quel vino se les passa ó viene el día siguiente, porque el que le ve caer de su compañía, más le ha envidia que no mançilla, é aun porque no entró á baylar sino para quedar de aquella manera. Pero diré aqui de otro que á

la verdad yo é un clérigo é otros tres ó quatro españoles que allí nos hallamos quisiéramos estar léxos dellos, porque ver septenta ú ochenta indios con su caçique borrachos, é gente tan bestial é ydólatra é tan llena de viçios (é que de los chripstianos yo creo que ningun contentamiento tienen en la verdad, porque de ser señores los han hecho siervos, y en sus ritos é çerimonias é viçios les han ydo á la mano) ¿qué se puede pensar de su amistad? É demás desto estábamos léxos del socorro é ayuda de los chripstianos, y en casa de uno de los mayores señores de aquella gobernación, y en tierra que assi por mar como por la tierra tenían aparejo para se salir con lo que hiçiesen: todas estas conjeturas eran aparejo para temer lo que allí vimos. Verdad es que uno de los caçiques que más se han presçiado de la amistad de los españoles, es aqueste llamado Nicoya, y era baptizado, é se llamaba don Alonso, é como indio se diçe Nambi; é si le pedian algunos indios para alguna cosa que oviésemos menester, decía él: «Yo no tengo indios, sino chripstianos, é si chripstianos quereys, yo os los daré.» — «Pues dadnos chripstianos que hagan aquesto, de que tenemos neçessidad». Y luego nos daba tantos indios como se le pedian, é hacían lo que se se les mandaba. Pero oyd agora lo que debaxo de su baptismo este caçique é su gente hiçieron, é fué aquesto.

Un sábado diez é nueve de agosto de mill é quinientos é veynte y nueve años, en la plaça de Nicoya, don Alonso, caçique de aquella provinçia, por otro nombre llamado Nambi, que en aquella su lengua chorotega quiere decir perro, dos horas antes que fuesse de noche, á una parte de la plaça començaron á cantar é andar en corro en un areyto hasta ochenta ó çient indios, que debian ser de la gente comun é plebea, porque á

otra parte de la plaça mesma se sentó el caçique con mucho plaçer é fiesta en un duho ó banquillo pequeño, é sus principales é hasta otros septenta ú ochenta indios en sendos duhos. É començó una moça á les traer de beber en unas higüeras pequeñas, como escudillas ó taças, de una *chicha* ó vino quellos haçen de mahiz muy fuerte é algo açeda, que en la color paresçe caldo de gallina, quando en él deshaçen una ó dos yemas de huevo. É assi cómo començaron á beber, truxo el mesmo caçique un manojo de tabacos, que son del tamaño de un xeme, é delgados como un dedo, é son de una çierta hoja arrollada é atada con dos ó tres hilos de cabuya delgados: la qual hoja é planta della ellos crian con mucha diligencia para el efetto destes tabacos, y ençendíanlas por el un cabo poca cosa, y entre sí se va quemando (como un pibete) hasta que se acaba de quemar, en lo qual tura un dia: é de quando en quando metíanla en la boca por la parte contraria de donde arde, é chupan para dentro un poco espacio aquel humo, é quitanla, é tienen la boca çerrada, é retienen el resollo un poco, é despues alientan é sádeles aquel humo por la boca é las narices. É cada uno de los indios que he dicho tenia una destas hojas rebollada, á la qual ellos llaman *yapoquete*, y en lengua desta isla de Hayti ó Española se diçe *tabaco*. É continuando el beber yendo é viniendo indios é indias con aquel brevaçe, á vueltas del qual les traian otras higüeras ó taças grandes de cacao coçido, como ellos lo acostumbran beber (pero desto no toman sino tres ó quatro tragos, é de mano en mano, ora de lo uno, quando de lo otro, entremedias tomando aquellas ahumadas, é tañendo entre ellos con las palmas un atabal é cantando otros), estuvieron assi hasta más de media noche, que los más dellos cayeron en tierra sin sentido, embriagados, hechos cue-

ros. É cómo la embriaguez diferenciadamente obra en los hombres, unos paresçia que dormían sin se mover, otros andaban llorando, é otros gritando, é otros dando trapiés desatinados. Y estando ya en este estado, vinieron sus mugeres é amigos ó hijos, é los tomaron é llevaron á dormir á sus casas, donde se durmieron hasta otro dia á medio dia, ó hasta la noche siguiente algunos, é mas é menos, segund que avian cargado é partiçiparon de la beodera. Y el que aquesto desta gente no haçe, es tenido entrellos por hombre de poco é no suficiete para la guerra.

En aquel tiempo que lloraban é gritaban, era cosa temerosa ver sus desatinos; y en aquel tiempo quellos se están emborachando mucho más, porque quanto más nos era encubierto el dubdoso fin de la fiesta, tanto más era de temer el peligro en que nos paresçia que estábamos. Desta mesma manera, aparte, lo haçen las mugeres de la manera que está dicho; pero las principales.

Bien pensamos una vez quel areyto y embriaguez avia de ser en daño de los seys ó siete españoles, que allí nos hallamos, é por esso estuvimos en vela é con las armas en la mano, porque aunque no bastássemos á defendernos de tantos contrarios, á lo menos pensábamos venderles bien caras nuestras vidas, é procurar todos de matar al caçique é los que más pudiésemos de los principales, sin los quales la otra gente inferior son para poco, é muy desacaudillados é cobardes sin sus capitanes. Passada la borrachera, yo le dixé al caçique que pues era chripstiano é decía que assi lo eran sus principales é mucha parte de su gente, que para qué hacían aquella borrachera; porque un beodo no es más, perdido el sentido, que una bestia ó un animal bruto é suçio; que bien conosciá que lo mejor quel hombre tiene es la raçon y entendimiento, é que

TOMO IV.

quanto mejor que otro entiende assi se aventaja entre los otros hombres, é más le estiman todos é más meresçe ser honrado; é quanto más loco ó bobo ó insipiente es, más semejante á las bestias: é que bien sabia él que entre sus vassallos avia principales que eran mayores señores é más çercanos debdos suyos que don Diego (que era un principal muy privado suyo), é me avia dicho él que le queria más que á todos, porque era más sabio é valiente que los otros, pues por el buen saber suyo era más estimado; que por qué perdían el saber é se emborrachaban é quedaban sin sentido, como bestias; é que los chripstianos no avian de haçer lo qué él haçia, que las más noches dormía con una moça virgen, que era grand pecado é cosa muy aborresçible á Dios, ni avia de tener más de una muger sola y él tenia muchas, allende de aquellas que desfloraba.

Respondióme que en lo de las borracheras él via que era malo; pero que era assi la costumbre é de sus passados, é que si no lo hiçiesse, que su gente no lo querria bien é le ternian por de mala conversacion y escaso, é que se le yrian de la tierra. É que en lo de las mugeres qué no queria más de una, si fuesse posible, que menos ternia que contentarse una que muchas; mas que sus padres se las daban é rogaban que las tomasse, é otras que le paresçian bien él las tomaba, é por aver muchos hijos lo haçia; é que las moças vírgines, qué lo haçia por las honrar á ellas é á sus parientes, é luego se casaban con ellas de mejor voluntad los otros indios, é por esto lo haçia.

Á todo esso se le replicó lo que me paresçió, dándole á entender su error é cómo todo aquello era muy grave pecado, é no eran obras de chripstiano, sino de infiel; y él açeptaba lo que yo decía, é decía que le aconsejaba bien, é que poco á poco se enmendaria. Pero en fin él tenia